

confianza, piedad filial y amor hácia la dichosa madre que acaba de dar al mundo la Hija amada del Padre celestial, la Madre del divino Hijo y la Esposa inmaculada del Espíritu Santo. Eva, despues de dar á luz su primogénito, se entrega á la alegría, y sin embargo, este hijo debe causar la vergüenza de su madre. Jacob decía á Ruben: «Ruben, tú has sido el origen de mi fortaleza, el principio de mi gozo paternal.» «La mujer, decía el Salvador, en los dolores del parto está poseida de tristeza, porque ha llegado su hora; pero luego que ha nacido su hijo, no se acuerda ya de sus dolores.» Segun muchos teólogos católicos, santa Ana parió sin dolor á la que concibió sin transmitirle la culpa original; y si es lícito conjeturar, que esta alma grande había sabido por los ángeles del cielo algo del destino reservado á María, ¿dónde hallaremos palabras capaces de expresar las delicias de su corazón maternal, cuando criaba á la que debía alimentar un día con su leche virginal á un Dios?

Busquemos á menudo, mis amados hermanos, á la Virgen celestial en los brazos y en el regazo materno: reanimemos sin cesar nuestra piedad y devoción hácia el misterio de la Natividad de María; y digamos á esta Señora: ¡Oh Niña bienaventurada! ¡oh Virgen inmaculada! bendita, alabada, amada y ensalzada seas para siempre por esas legiones de ángeles que rodean tu cuna; recibe de mi boca y de mi corazón unos homenajes que yo quisiera igualasen á tus méritos y virtudes; hazme comprender el misterio de tu santa infancia; déjame descubrir en el modesto asilo que ocupaste al venir á la tierra de nuestro destierro, los rayos de gracias y los resplandores celestiales que, únicamente, pueden guiar nuestros pasos por las sendas que conducen á Tí; y ya que no me es dado poder amarte tanto como deseo y mereces, quiero amarte y bendecirte por siempre con el corazón y por la boca de tu augusta madre, á quien quiero pedir todos los días que me alcance la gracia de contemplarte y amarte con ella por los siglos de los siglos. *Amen.*

## DULCE NOMBRE DE MARÍA.

### DISCURSO I.

*Secundum nomen... laus.*

Como tu nombre así es tu gloria.

(PSALM. XLII, 10.)

Dios suele trocar el nombre de sus siervos cuando los elige para una misión grande. Así lo hizo con Abrahán, cuando al pactar la alianza con él, queriendo darle una numerosísima descendencia, le ordenó que se llamase Abrahán, nombre que significa padre de un gran pueblo (1). Lo mismo hizo con Jacob, á quien le ordenó trocar su nombre por el de Israel, en premio de la lucha que había sostenido valerosamente con el ángel (2). Y en los albores de los nuevos días hizo lo propio con Simon, cuando al constituirle cabeza de su Iglesia, le ordenó que se llamase Pedro (3). Está, pues, fuera de duda, que Dios usó con frecuencia trocar el nombre de sus escogidos, al llamarlos para una misión extraordinaria.

No así procedió con María. No obstante de que Ella fuese elevada á una dignidad suprema, ensalzada al mayor de los honores y escogida para singularísimos ministerios, su nombre fué siempre el mismo. En Nazareth es María, en Belén es María, en Egipto es María, en el Calvario es María; Hija, Esposa y Madre de Dios, su nombre es constantemente el de María. Con el mismo nombre la vemos llamada cuando, niña aún, se encierra en el Templo, y se consagra virgen al Señor; é igualmente, cuando el arcángel vá á anunciarle la maternidad divina; y con este nombre se la llama cuando es acerbamente traspasada por la espada de dolor, y cuando sube al Cielo, Reina de los ángeles y de los hombres.

¿Cómo, pues, Dios no ordenó á María lo que á otros eminentes va-

(1) GEN. XVII, 5.

(2) GEN. XXXII, 28.

(3) MAR. III, 16.

rones? ¿Cómo es, que mientras á estos varones se les trocó el nombre no se trocó el de María, mujer elevada á una condicion altísima? Esto fué, amados hermanos, porque el solo nombre de María bastaba plenamente para indicar su gloria, su grandeza, sus méritos, sus beneficios y su magnificencia; de suerte, que cuando apareció llena de su gloria, cuando fué colmada de toda su grandeza, cuando hizo brillar sus eminentes virtudes, difundió sus beneficios y se mostró en los fulgores de su magnificencia, no podía ser llamada con otro nombre. Así que, de solo este nombre puede decirse, que sin otros calificativos constituye el más bello elogio de la Santísima Virgen, cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se quiera considerarla: *Secundum nomen... laus*. A fin de que vosotros mismos podais llegar á esta consecuencia, indicaré brevemente los diferentes significados principales que encierra en sí mismo el nombre santísimo de María, segurísimo de que no tendré necesidad de otras pruebas para concluir, que las alabanzas tributadas á la Santísima Virgen corresponden exactamente á lo que significa su excelso nombre. Saludémosla ántes con el arcángel. A. M.

La palabra María deriva de *Mare*, palabra muy adecuada á la púdica Virgen de Nazareth. En efecto; así como en el mar desembocan todas las aguas, asimismo todas las gracias entraron en María; y del mismo modo que raya en lo imposible el contar todas las gotas de agua contenidas en el mar, no lo es ménos enumerar todas las gracias reunidas en María; y así como Dios llamó mar á la reunion de todas las aguas, también llamó María á la reunion de todas las gracias. En verdad, cuando el Señor crió el Universo, reuniendo en un solo lugar las aguas desparramadas, dijo: reúnanse todas las aguas en un lugar (1); y al criar á María, reuniendo en Ella todos sus beneficios y misericordias, ordenó: reúnanse todas las gracias en esta Virgen. Así, pues, se reunieron en María todas las dotes de los ángeles y de los hombres, todas las bellezas de la tierra y todas las grandezas del cielo, todos los dones celestiales del antiguo y nuevo Testamento. Ella recibió infinitamente más de lo que recibieron los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Mártires y los mismos Serafines; Ella estuvo llena de todos los privilegios, de todas las bendiciones, de todos los méritos y de todas las dotes con que fueron adornadas las almas más santas; Ella fué llena, no solamente de gracias, sinó tam-

(1) GEN. I, 9.

bien de la gracia, porque en su seno virginal, no tan solo descendieron algunas gracias, sinó todas. De esta manera vino al mundo la Virgen, que los Profetas de Sion habían anunciado de tan preclarísimos modos; tal se presentó Aquella, á la cual se dirigian, desde los primeros albores del mundo, los infelices descendientes de Adán. ¿Con qué otro nombre debía designarse á este prodigio de la mano omnipotente y á este abismo de maravillas, sinó con el de María? Así como, despues que las aguas estuvieron contenidas en un lugar, á la reunion de todas ellas se la llamó mar, así también luego que todas las gracias se reunieron en la Virgen de Nazareth, entónces fué cuando á la reunion de todas las gracias se la llamó María.

No creais, hermanos míos, que discurriendo de esta suerte quiera yo decir algo ménos propio ó ménos verdadero, puesto que no hago otra cosa que repetir lo que acerca del particular declararon los santos Padres, admirablemente guiados por la luz del Espíritu Santo; quienes tuvieron motivos para afirmar, que no por humano consejo, ni por una casualidad cualquiera, sinó que por celestial revelación y por voluntad divina impuesta á Joaquín y Ana, se puso á la recién nacida el nombre de María; porque, si á ciertos héroes escogidos para obrar hechos memorables, Dios mismo quiso imponerles el nombre, ¿quién dudará de que Él mismo hubiese querido imponer el nombre á Aquella que debía obrar prodigios tan estupendos? Recibió de Dios el nombre Abrahán, constituido por su fé heroica padre de los creyentes; lo mismo que Jeremías, llamado con este nombre estando aún en las entrañas de su madre (1); lo propio que á Juan Bautista, segun fué impuesto á Zacarías (2); y hasta al mismo Redentor le fué dado, segun el rito legal de la circuncision, el nombre de Jesús, esto es, el nombre con que lo llamára ya el arcángel ántes de que fuese concebido en el seno inmaculado de la Virgen (3). Esto sentado, ¿quién se maravillará de oír, que Dios mismo debió de imponer y revelar el nombre de María? Solo Dios debió de revelar este nombre, siendo María incomparablemente más grande que Abrahán, que Jeremías, que el Bautista, y que todos los escogidos que han sido ó podrán ser célebres en los fastos de la religion y del género humano, Solo Dios debió de revelar este nombre, siendo María la primogénita entre todas las criaturas, la obra maestra de sus eternos consejos, el mayor milagro de su omnipotencia; Aquella, en fin, que venia al

(1) JER. I, 5.

(2) LUC. I, 3.

(3) LUC. XI, 21.

mundo para ser la Madre de un hijo Dios. Solo Dios debió de revelar este nombre, puesto que solo Él conocía todas las prerogativas, todos los privilegios, todos los dones y todas las gracias de que la enriqueció con profusion suma; y solo Él podía con una sola voz indicar todas aquellas prerogativas, aquellos privilegios y aquellos dones. Por eso san Pedro Damian decía, que el nombre de María salió de los tesoros de la divinidad; Ricardo de San Lorenzo añadía, que toda la Trinidad augustísima se había reunido en consejo para escogerlo; y San Buenaventura concluía, que era glorioso por haberlo anunciado la boca misma del Señor.

Tertuliano observa que con respecto á los nombres no debe atenderse solo al sonido de las palabras, sino fijar la atención en su significado para formarse de él un verdadero concepto (1). ¿Qué es lo que no indica el nombre de María? ¿Qué grandezas, qué glorias, qué sublimes oficios y qué saludables beneficios no significa? El nombre de María significa Señora; y esto no solo porque descendiente de sangre real contase entre su antepasados á David, Salomon, Josué, Ezequiel, á príncipes y Patriarcas muy celebrados; sino más bien porque debiendo ser la Madre de Aquel, que es el soberano Señor del Universo, debía ser, por derecho de esta misma Maternidad, la soberana Señora de la creación. No se me alegue, que otras mujeres llevaron el mismo nombre; María se llamaba la hermana de Moisés, María se llamaba Cleofé, y María la penitente Magdalena; pero si este nombre es comun al de la Virgen Madre, ciertamente que no lo es en su gloria. Y la hermana de Moisés, Cleofé y Magdalena solo pueden ser consideradas como piedras en presencia del monte y como débiles astros respecto del sol. La sola Virgen Madre está llena de una dignidad que se eleva sobre toda dignidad humana y angélica, de suerte, que allí acaba María donde empieza la divinidad. Por consiguiente, inclinaos Cielos para saludar á vuestra Reina; póstrate también tierra, para saludarla; todas las criaturas aprendan en el nombre de María á venerar á Aquella, que Juan vió en Pathmos sentada sobre las esferas, vestida de sol y coronada de doce brillantísimas estrellas.

El nombre de María significa iluminada. Y en verdad, que no ha existido alma más iluminada que el alma de la Virgen. Toda la luz de que una alma puede adornarse, procede de la fé, de la ciencia ó de la profecía. Adornadas con la luz de la fé estuvieron las almas,

(1) TERTUL. ad JUD. X.

que cerrando los ojos á los halagos de la tierra, creyeron firmemente en la palabra de Dios; de modo, que por esta su sumision á las cosas reveladas supieron muchísimo más de lo que han llegado á saber los sábios. Llenas de la luz de la ciencia fueron aquellas almas, que elevándose con profundos estudios sobre la debilidad de la condicion humana, alcanzaron el conocimiento de lo que puede aprenderse con solo largos estudios. En fin, ricas de la luz de profecía fueron aquellas almas privilegiadas, á las cuales descubrió el Señor la historia de los futuros tiempos y las varias circunstancias de los extraordinarios sucesos venideros. Y de esta triple esplendorosísima luz estuvo llena María. Por lo que mira á la luz de la fé, no cabe duda alguna que, aún ántes del Evangelio y de los milagros, creyó con tal firmeza y con tanta constancia, que aventajó á todas las almas fidelísimas que hubo, hay, y habrá despues de Ella; de suerte, que Santa Elisabeth la llamó bienaventurada precisamente porque había creído. En cuanto á la luz de la ciencia es fácil comprender, que si fué extraordinaria la ciencia de Adán, por ser cabeza y padre de la familia humana; si grande fué la ciencia de Juan, solo porque una vez inclinó la cabeza sobre el pecho del Señor; si mucha fué la ciencia de San Pablo, que arrebatado al tercer Cielo vió grandes misterios, solo porque debía ser el doctor y el maestro de las naciones; mayor sabiduría correspondía á Aquella, que fué Madre de la misma fuente inagotable de toda sabiduría, que le encerró por espacio de nueve meses en sus entrañas virginales, que le llevó en sus brazos y le nutrió con su leche. Con respecto á la luz de la profecía, Ella la manifestó, ora cuando soltando los lábios á un célebre himno en la casa de Zacarías dijo, que todas las generaciones la llamarían bienaventurada (1); ora cuando en las bodas de Caná de Galilea, sabiendo el milagro que debía obrarse de la conversion del agua en vino, dijo á los que servían la mesa: Haced todo cuanto él os diga (2). Luego, motivos tuvo el beato Alberto para afirmar, que María supo mayores cosas de las que conocieron prodigiosamente Adán, San Juan y San Pablo; y tambien San Anselmo al añadir, que aventajó incomparablemente y con sublime eminencia en la sabiduría á los mismos Apóstoles; y la Iglesia, para concluir, que debe saludarse como la Reina de los Apóstoles y de los Profetas.

El nombre de María significa iluminadora. En efecto; en los sagra-

(1) LUC. I, 48.

(2) JOAN II, 5.

dos libros es llamada Aurora, que anuncia el día. Ahora bien; así como el mundo sin la luz se convertiría en caos de cosas informes, falto de toda belleza y de todo orden, también sin María el mundo, sepultado por tantos siglos en las tinieblas del error y del vicio, habría continuado viviendo en las tinieblas del vicio y del error. Y por consiguiente, así como aparecida la luz, el mundo tuvo la belleza y el orden debidos, también aparecida la Virgen, el mundo espiritual empezó á salir de la tenebrosa noche en que vivía y de la cual no hubiera salido sin la Virgen. Y para probaros ahora que el nombre de María significa merecidamente iluminadora, no aduciré muchas autoridades que confirmarían esta verdad de una manera evidentísima; me contentaré con una, que supera y aventaja á todas. El nombre de iluminadora es propio de María, y le es dado con justo título, precisamente porque Ella nos dió á Aquel que es la verdadera luz; y si Jesucristo es el Oriente, el Sol de justicia, el esplendor de la luz eterna, enviada para iluminar á los hombres que yacían en la tenebrosa sombra de la muerte (1); ¿cómo podría dejar de ser iluminadora la Madre, por cuya mediación nos vino un tal tesoro? Inferid de ahí, hermanos míos, con cuanta razón María debe ser llamada iluminada é iluminadora, ya que, no solo fué llena de luz para sí; sinó que también para nosotros.

El nombre de María significa... pero basta, porque no llegaría nunca al fin, si pretendiese exponer, aunque de un modo breve y á grandes rasgos, los significados que encierra en sí el nombre de María. Paso en silencio lo que dicen San Ambrosio, San Jerónimo, y otros santos escritores; pero callando estas cosas, no puedo callar aquellas que nos ofrecen en el nombre de María un nombre de esperanza y de salvación. ¡Ah! sí; este nombre, más que todos los nombres de los Santos, infunde aliento á los fatigados, sana á los enfermos, ilumina á los ciegos, conmueve á los empedernidos, ayuda á sacudir el yugo del demonio; y tal es su virtud y eficacia, que cuando se pronuncia sonríe el Cielo, se regocija la tierra y se llenan de júbilo los ángeles y los hombres. Este nombre es como la estrella que, en el ancho mar de la vida presente, donde son tan frecuentes los naufragios, puede librarlos de los peligros; pues, así como la estrella polar guía á los navegantes hácia las orillas natales, María nos guía hácia las celestiales regiones. Este nombre es como una torre firmísima, donde en todas ocasiones podrá hallar seguro asilo el pecador, y por

(1) L. I, 79.

la cual defendido de los asaltos de los enemigos espirituales, podrá pasar felizmente de la culpa á la gracia y de la muerte á la vida. Este nombre es dulzura, es gozo, es consuelo, es cierto augurio de felicidad; de manera, que no puede pronunciarse sin grandísimo provecho del que lo invoca con amor, con devoción y confianza.

De donde proviene el que los fieles, desde los primeros siglos de la Iglesia, tuvieran en mucha veneración el nombre de María. Ellos acostumbraban pronunciarlo junto con el nombre de Jesús; y cuando querían alcanzar alguna gracia, creían que la intercesión más eficaz era invocar el nombre del Hijo en unión con el de la Madre. Los santos más eminentes, celosísimos de la gloria de Dios y de la Iglesia, no lo fueron menos del honor debido al nombre bendito de María; los más esclarecidos escritores del Cristianismo, honrándolo de mil maneras, ofreciéndole admirables coronas de alabanzas. El nombre de María es la esperanza del piloto azotado por la tempestad, el consuelo del enfermo en el lecho del dolor, y la salvación de las almas perseguidas por los espíritus infernales. Los fieles de todos los tiempos, los cristianos de todas las edades, lo han ensalzado, bendecido y glorificado; y desde la humilde madre que lo imprime en los balbucientes labios de sus hijuelos, hasta el augusto Pontífice que exhortaba á los pueblos libres á pronunciarlo con fé y con amor, en todas las vicisitudes pusieron en él su confianza. Así como la nubecilla que viera Elías, pequeña al principio como una mancha, se hizo grandísima de grado en grado (1); también el nombre de María, cortísimo en la voz es extraordinario en los efectos; de modo, que el género humano, afligido con toda suerte de miserias, es admirablemente restablecido. Así como la columna de fuego aparecida en el desierto sirvió de guía á los errantes Israelitas (2); también el nombre de María es consuelo para nosotros, miserables desterrados en el desierto de la vida, y por él una luz misteriosa irradia vivos fulgores en lo más recóndito de nuestras desventuras. Del propio modo que el nombre del místico amante de los Cantares es parecido al aceite (3), así semejante al aceite puede considerarse el nombre de María; porque, si es propio del aceite el arder, condimentar y ungir, el nombre de María reúne precisamente en sí estas tres principales y saludables cualidades: resplandece en la tenebrosa noche de los afanes, alienta los corazones

(1) III. REG. XVIII, 44.

(2) EXOD. XIII, 21.

(3) CANT. I, 2.

afligidos por el infortunio, sana las enfermedades del alma, y la conduce á pastos de verdadera vida.

Hé aquí, hermanos míos, plenamente demostrado con cuanta razón, usando la frase del Salmista, he dicho al empezar, que según la grandeza de su nombre era la grandeza de la alabanza de María, pues, si este nombre brilla con tanta claridad y arroja tanta luz, que, excepto el nombre de su hijo Jesús, ningún otro es tan venerable y amable en el Cielo ni en la tierra; si al pronunciar Dios por sus labios este nombre, María, la llama Señora y Soberana; iluminada é iluminadora; mar de amor y mar de amargura imitadora del Señor, que inflama los montes; nuestro consuelo y nuestra esperanza; si indica los beneficios que nos ha dispensado, las gracias que nos procura, y las misericordias que derrama para nuestro provecho espiritual y temporal, debemos necesariamente concluir, que este nombre es grande, y que por la grandeza de este nombre puede demostrarse la grandeza de la gloria de María: *Secundum nomen laus.*

Lo que se debe hacer, pues, amados hermanos, es; colocar en él toda nuestra confianza, imprimirlo en el corazón, pronunciarlo á todas horas, invocarlo en todas las necesidades de la vida y en todos los peligros á que estamos continuamente expuestos; y de un modo particular, proclamémosle en todos nuestros actos, imitando las virtudes de Aquella que es llamada con tal Nombre. ¡Oh nombre dulcísimo y suavísimo de María! Yo quiero invocarte siempre como lleno de atractivos y de encantos preciosísimos; yo quiero pronunciarle constantemente como nombre lleno de indecible é ilimitada confianza; yo quiero amarte siempre, amarte todos los días, como nombre que llena el alma de una paz deliciosísima. ¡Oh Nombre de María! sé tú mi fortaleza en las luchas del espíritu, mi consuelo en las desolaciones del corazón, mi esperanza en las dudas, y mi amparo en la hora de la muerte. ¡Oh nombre de María! alumbrame, que soy ciego; fortaléceme, que soy débil; y consuélame, ya que soy tan miserable y desolado. ¡Oh nombre de María!... Mas ahora, al dirigiros, hermanos míos, mi última palabra, no puedo dejar de repetir los dulces acentos que, con una elocuencia celestial, dictó San Bernardo, los cuales, por muy conocidos que sean, siempre, al pronunciarlos, llenan el alma de dulzura y admiran por su belleza. Por desgracia surcais las turbias aguas de este siglo, como en medio de las olas de un mar muy embravecido; continuamente sois azotados por la tempestad, arrebatados por las olas y arrojados contra los escollos, en los cuales podeis

perderos, ó perecer víctimas del naufragio. ¡Ah! si no quereis veros sumergidos en las profundidades de los abismos, invocad el nombre de María. Cuando os molestan las tentaciones, que os combaten como vientos impetuosos; cuando os turban los halagos del mundo y el infierno os ataque con todas sus armas, nunca dejes de invocar el nombre de María. Si los arrebatos de la ira os encienden el ánimo, si os laceran el corazón los impuros movimientos de una concupiscencia rebelde, y si os instigan el espíritu los inmoderados deseos de riquezas, levantad las miradas á este astro celestial, y pronunciad repetidamente el nombre de María. En todas las peligrosas vicisitudes de la vida, expuestos á ser engañados por los errores, aterrorizados por los obstáculos, y envilecidos por la cobardía en la perseverancia de las buenas obras, invocad el nombre de María. Invocadlo en las angustias, invocadlo en las desventuras, invocadlo en las dudas, en todos los acontecimientos y todos los días; porque, siendo María iluminadora no os extraviareis, siendo defensora no temereis, y siendo protectora os salvareis. Tal vez os amenacen las debilidades de la naturaleza; tal vez os desanime la austeridad del Evangelio, y temáis por sentir os lánguidos en el fervor de la devoción; pero en semejantes casos es cuando debeis, especialmente, invocar el nombre de María, y no dudeis que invocando este nombre de gloria, de gracia y de virtud, vencereis todos los obstáculos y os vereis colmados de saludables beneficios. Sea el nombre de María el principio de todas vuestras acciones, y el que acompañe todas vuestras súplicas; y si quereis obtener gracias, si quereis ser oídos en todas vuestras oraciones, si quereis ser perfectos en la tierra, y santos en el Cielo, invocad siempre el dulcísimo Nombre de María.